

PULSACIONES

Definitivamente, era una frase que no podía faltar en ningún compendio de estupidez.

Déjate llevar por el corazón.

Bastó para que Marta dejara de leer aquel blog y, acuciada por la necesidad ajena, se pusiera a trabajar en el suyo. Entre algunos detalles sobre su vida social, escribió una reflexión en la que criticaba a los que separan pensamiento y sentimiento y a los que confunden amor con deseo. Para Marta, el amor implicaba la unión total con lo amado mientras que el deseo implicaba un elemento ajeno, externo. En esto, Marta pensaba como todos aquellos místicos que pretendían alcanzar la unión con la divinidad eliminando el deseo, porque el deseo implica un sujeto y un objeto, mientras que en el amor puro, objeto y sujeto se funden en uno. Marta incluyó en su blog un texto del poeta Ahmad Ghazâli, que en el siglo XII ya estaba preocupado por el puro amor.

La mariposa que se ha convertido en amante de la llama, tiene por alimento, en tanto se mantiene todavía distante, la luz de esa aurora. Es el signo precursor de la iluminación matutina que le llama y le acoge. Pero es preciso continuar volando hasta alcanzarla. Cuando llega allí, no es la mariposa la que debe progresar hacia la llama, sino que es la llama la que progresa en ella. No es la llama la que sirve de alimento a la mariposa, sino la mariposa la que sirve de alimento a la llama. Y ahí hay un gran misterio. Por un instante fugitivo, ella se convierte en su propio Amado (puesto que ella es la llama). Y esa es su perfección.

Cuando Carlos leyó las reflexiones de Marta se sintió muy identificado. Carlos había tenido una educación católica y, aunque él ya no lo recordaba, durante un curso entero, sobre la pizarra de su clase hubo una pancarta con el lema

Amar es dar sin esperar nada a cambio.

Cuando, algunos años después, leyó las palabras de San Juan de la Cruz, algo reverberó en su interior.

El amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener grande desnudez y padecer por el Amado.

Ghazâli y San Juan habían leído a Platón y ambos entendían el amor como algo del más allá que se cuele en el más acá. Carlos no apreciaba las sutiles diferencias entre las concepciones de ambos, sobretudo en lo que respecta a la relación del amor con el sufrimiento, tema convertido en favorito por los católicos para aguar la fiesta griega. Así que Carlos, animado por el texto de Marta, le escribió un mensaje a Ana en el que hablaba, después de dar muchos rodeos, sobre su idea del amor.

Ana recibió el mensaje y lo leyó por encima. No le interesaba demasiado Carlos y mucho menos su idea del amor. Tenía otras cosas que hacer, entre ellas practicar con la guitarra. Había afinado la quinta cuerda con el diapasón y ahora se disponía a afinar la sexta. Pulsó ambas cuerdas y emitieron sonidos parecidos, pero no iguales. La cuerda mi en el quinto traste sonaba un poco más grave, así que había que tensarla hasta igualar ambas notas. Ana no pudo evitar pensar en la idea de Carlos, aquel amor de los místicos en el que todo es Uno, perfecto y quieto. Sintió cierto asco. No soportaba a los místicos, prefería a Robert Crumb, tampoco le gustaban las cosas quietas y no concebía el amor

sin deseo. Pulsó de nuevo ambas cuerdas. Los sonidos se iban acercando el uno al otro y se escuchaba una pulsación, un vaivén del sonido producido por la pequeña diferencia entre ambos. A medida que Ana giraba la clavija, el sonido de la sexta cuerda era más parecido al de la quinta y la pulsación entre ambas más lenta. La tensó aún más y la pulsación se ralentizó hasta ser imperceptible. Pulsó otra vez. Sonaban ya al unísono. Escuchó con mucha atención aquellas dos notas que parecían una sola. Estaban perfectamente afinadas, pero la pulsación había desaparecido. Ana sintió que aquella desaparición era una especie de muerte y pensó que quizás estaba afinando para los muertos. No le gustó la idea. Quería tocar para los vivos. Destensó un poco la sexta cuerda, lo justo para que la pulsación reapareciera, y decidió que tocaría así.